

IGLESIA VIVA
Nº235, julio-septiem. 2008
pp. 27-48
© Asociación Iglesia Viva
ISSN. 0210-1114

ESTUDIOS

Claves y estrategias del tradicionalismo actual

Joaquín García Roca. Universidad de Valencia.

Cuando un inmenso dolor causado por el terrorismo muestra la naturaleza fanática de la fe del suicida; cuando el factor Dios encubre intransigencias; cuando se viola la dignidad por el poder de una ideología; cuando se producen matanzas de seres humanos en nombre de una política confesional; cuando se niega la ciudadanía a causa de una identidad suicida... nace el ineludible compromiso de desactivar las raíces religiosas y seculares del fanatismo y reclamar el fin del fundamentalismo religioso, político y cultural. Esta situación obliga a analizar la lógica interna del fanatismo actual, las estrategias que mantienen vivo el fundamentalismo de cualquier tipo y los dinamismos que les convierten en una propuesta con pretensión hegemónica.

El tradicionalismo, que se despliega en integrista y neoconservadurismo, designa dos dominios muy distintos de la realidad: se trata de un *comportamiento* que la mayoría de las veces está constituido por el rechazo y la resistencia a la modernidad; y, por otra parte, de una *ideología*, con un conjunto coherente de proposiciones, sistema de pensamiento y mapas conceptuales. Las dos vertientes no siempre están unidas; el tradicionalista no es un teórico, ni es capaz de justificar sus comportamien-

tos mediante argumentos; y por el contrario, el conservador no genera necesariamente prácticas intransigentes.

Me propongo identificar algunas de las claves, estrategias y mecanismos que despliega el tradicionalismo actual con pretensión hegemónica. Asimismo estará presente, en el breve espacio que consiente un artículo, la preocupación por las posibles alternativas ante tan profunda acometida. Esta situación no se vence con simples argumentos ni con retóricas simétricas sino que son necesarias nuevas actitudes, nuevas prácticas sociales y una nueva residencia cordial y mental. Para romper con este clima envolvente no sólo hay que luchar contra la ideología conservadora, cuyo cuerpo doctrinal no es nada despreciable sino también contra las prácticas sociales que la alimentan y contra las retóricas que lo propagan.

PREVISIBLES CONTAMINACIONES

El tradicionalismo actual no es primaria ni principalmente un fenómeno religioso, sino que opera en todos los subsistemas sociales con interacciones mutuas. En el *sistema social* se manifiesta bajo la forma de resistencias a la modernidad, en versión contra-moderna y tras-moderna, que tienen en común la resistencia al cambio y la restauración de formas tradicionales de vida. En el *sistema político* se concitan elementos del pensamiento conservador y del pensamiento progresista que tienen en común el desprecio por la organización democrática, la desconfianza en el Estado moderno y la exaltación del mercado autorregulado. En el *sistema cultural* convergen dos tipos de retóricas intransigentes, unas de carácter reaccionario y otras progresistas que tienen en común la restauración cultural y la reposición de los valores tradicionales. En el *sistema religioso* se reviste de fundamentalismo y de restauración.

En primer lugar, se sedimenta en **prácticas sociales**, como un agregado de conciencia en la vida cotidiana. Antes de conformarse en cuerpo doctrinal, sistemático y a-histórico, es una actitud de espíritu y un modo de reaccionar ante la modernidad, como portadora de cambios e inseguridades. Las resistencias a la modernidad han sido a la vez reaccionarias y revolucionarias, según que la resolución de los descontentos se haya buscado en el pasado o en el futuro. El tradicionalista actual apunta por igual contra las ideologías que confirman o legitiman la modernización y la viven como progreso y salvación; y también contra aquellas ideologías tras-modernas que se sitúan más allá de la modernidad, tratando de controlar o contener

la modernización en nombre de unos valores no tradicionales. Se opone tanto a las conquistas de la modernidad, como a los estilos posmodernos. Sus prácticas sociales son producidas simultáneamente en forma religiosa y en forma secular. De ahí su intensa pretensión hegemónica.

En segundo lugar, se sustancia en el **pensamiento conservador** que posee actualmente un alto grado de elaboración teórica y un soporte institucional nada despreciable, como muestran los neo-con. Sus mayores críticas se orientan al sistema político, fundamentalmente a los logros del estado moderno, desde la construcción de la protección social, hasta la intervención del estado, desde la universalización de los derechos humanos hasta el sufragio universal, expresión del "instinto gregario". Según ellos, sólo la restauración de las instituciones premodernas como la comunidad local, la familia o la religión pueden orientar un futuro humano. Ya no importa sólo los defectos del Estado de Bienestar, sino cuestionar la legitimidad misma del estado para reducirlo a un instrumento del mercado.

Ni las prácticas integristas ni el pensamiento conservador gozarían de pretensión hegemónica si no se acompañan de unas **retóricas reaccionarias** como medio de penetración en diarios, gacetillas y pasquines. A medio camino entre el panfleto y la manipulación, se despliegan en inevitables diatribas, en prédicas ideológicas, en ilusas evidencias y bagatelas intelectuales generadores de encubrimientos e infundios que en muchas ocasiones traspasan la sensatez, la cordura y el sentido común. A modo de trinchera ideológica, actúan agresiva y sesgadamente bajo forma reaccionaria y bajo forma progresista. Ambas tienen en común que son simplistas y sectarias, sin las cuales no se entendería su éxito¹. Las retóricas reaccionarias marcan la temperatura emocional de una sociedad. El resultado es que el integrismo práctico y el conservadurismo teórico pertenecen al orden de aquellas convicciones que, como reconocía KANT, "pueden provocar riñas pero no discusiones".

Especial importancia en la construcción actual del integrismo y del conservadurismo tiene el **tradicionalismo religioso**. "Es un talante y una actitud mayoritaria entre los católicos españoles, que ha sido determinante en nuestra historia reciente", escribía Juan María LABOA en 1985. Y anteriormente el gran teólogo francés Ives CONGAR ofrecía el retrato robot en su

¹ Disponemos de estudios útiles sobre las respectivas retóricas. Sirva como ejemplo las obras de HIRSCHMAN, Albert: *Retóricas de la intransigencia*. FCE. México 1991. KOCH, Stephen: *El fin de la inocencia*. 1994. APULEYO, Plinio; MONTANER Carlos Alberto; VARGAS LLOSA, Álvaro: *El regreso del idiota*. Debate. México 2007.

libro *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*: "Los integristas del siglo XIX querían sustentar y defender la doctrina de la Iglesia sin añadidos ni amputaciones; además, se organizaron en sociedades secretas y utilizaron la delación como arma de ataque contra quienes consideraban sus enemigos dentro y fuera de la Iglesia. En principio no es una posición doctrinal, sino cierto modo de afirmar el catolicismo; es primariamente una mentalidad o una actitud, que determinan cierto modo de sustentar las posiciones católicas"². La religión es hoy un gran productor de integrismo, pero es "importante comprender que hay secularistas tan fundamentalistas como los religiosos: unos y otros coinciden en no estar dispuestos a cuestionar sus opiniones, así como en su militancia, agresividad y desprecio hacia los que discrepan de él"³. El actual clima restaurador tiene profundas connotaciones religiosas, sobre todo en aquellas religiones que, en palabras de Maurice BLANCHOT, "están tan seguras de tener razón en el cielo que prescinden no sólo de tener razón en el mundo, sino incluso del mundo de la razón"⁴.

EXTRAÑAS CAMARADERÍAS

Entre las prácticas integristas, el pensamiento conservador, las retóricas intransigentes y el tradicionalismo religioso es difícil deslindar las fronteras, tan difícil como diferenciar la derecha cerril y la izquierda boba. Como una amalgama con distintos componentes institucionales, cognitivos y normativos se han elaborado las estrategias del actual integrismo, que son hoy uno de los mayores peligros para una concepción humanista de la historia, para una organización democrática de la convivencia y para una representación evangélica de la vida humana.

Este conglomerado de prácticas, ideologías, convicciones y retóricas es ante todo un modo de reaccionar históricamente situado. En un momento dado, su referente esencial era la defensa del individuo frente al Estado; y en otro, la exaltación del Estado frente al individuo; en determinados momentos, se bate contra la libertad de conciencia y, en otros, contra los

2 LABOA, J. M. *El integrismo, un talante limitado y excluyente*, Madrid 1985, p. 15. CONGAR, I. *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*. Madrid 1953, p. 446.

3 BERGER, P. *Secularization Falsified*. First Things. 2008.

4 BLANCHOT, M. *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*. Tecnos, Madrid 2003, p. 61.

totalitarismos. Ayer el tradicionalismo militaba contra la arrogancia del socialismo y hoy contra la prepotencia de la técnica y de la economía. Si en el siglo XIX el integrismo detestaba a los liberales –a quienes León XIII llamaba “imitadores de Lucifer”– y postulaba el absolutismo mediante la unidad católica y se configuraba en contraposición al modernismo, en el siglo XX, el integrismo detesta a los revolucionarios, postula la restauración de instituciones tradicionales y se configura en contraposición a la democracia⁵.

En la actualidad, reacciona principalmente ante lo que consideran monstruos políticos de la Ilustración, ante los procesos subjetivos en la construcción de la verdad y ante la privatización de la religión. Arremete contra las tres grandes rupturas de la modernidad: la separación iglesia-estado, el nacimiento de la subjetividad y la utopía mesiánica de un mundo nuevo. El rechazo de las tres convicciones modernas constituye el nervio de la restauración religiosa. Sus portadores son procesos socio-económicos y un agregado de conciencia que se alimenta tanto de una cierta mentalidad conservadora como de una cierta mentalidad progresista, en relaciones recíprocas de causalidad; sin esta cohabitación no es posible entender la hegemonía actual del integrismo y del conservadurismo.

En el siglo XX, el integrismo detesta a los revolucionarios y postula la restauración de instituciones tradicionales

La presencia simultánea de distintas procedencias ha originado un curioso mecanismo de contagio mutuo, esa sencilla pero importantísima operación por la cual los contactos entre diferentes sistemas producen una contaminación mutua⁶. El tradicionalismo actual es una ingente operación de hibridación entre prácticas sociales, pensamiento conservador, retóricas de la intransigencia y legitimaciones religiosas que se alían en extrañas

5 A causa de esta existencia relacional, hoy el tradicionalismo ya no reclama la unidad católica, como hizo el tradicionalista VÁZQUEZ DE MELLA; ni cree que el tradicionalismo ha de ser necesariamente católico, como quería MENÉNDEZ PELAYO; ya no afirma con DONOSO CORTÉS que el desorden “sólo se puede dominar mediante la dictadura”, ni se atreve a afirmar con BALMES que “el sufragio confunde las opiniones y las verdades, el número y el objeto” ni afirma que la “soberanía es del Monarca”; ni afirmará que la verdad no es asunto de la razón sino de la autoridad o que la “revolución sólo se evita mediante la sumisión al cristianismo y a la Iglesia católica”, como quería BONALD Y MAISTRE; ni afirmará con JOVELLANOS que “lo poco que sabemos lo debemos a la Revelación”... Puede verse: DONOSO CORTÉS, J. *Ensayo sobre el cristianismo, el liberalismo y el socialismo*; BALMES, J. *El protestantismo comparado con el catolicismo*; VÁZQUEZ DE MELLA, J. *Regionalismo y Monarquía*.

6 BERGER P. *El dosel sagrado; elementos para una sociología de la religión*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971 (parte II). BERGER, P., BERGER, B., KELLNER, H. *Un mundo sin hogar, Modernización y conciencia*, Sal Terrae, Santander, 1979 p. 153, 159.

alianzas y en procesos concomitantes, empíricamente observables, que acontecen simultáneamente en el sistema social, en el político, en el cultural y en el religioso. Esta permanente hibridación constituye un rasgo esencial de su pervivencia.

Como advierte Albert HIRSCHMANN, “los odios compartidos forjan extrañas camaraderías”⁷. En las *prácticas sociales* se conjuran contra el Estado moderno tanto los que se oponen por considerarle un Ogro filantrópico, como aquellos que lo hacen porque interviene poco; contra los gastos públicos se alían tanto los que denuncian que sólo sirven a las clases medias, como aquellos que consideran que sólo son transferencias de los pobres a los ricos. Contra el sistema electoral democrático se puede esgrimir que es injusto porque los ciudadanos no saben lo que votan, como por afirmar que es contraproducente porque retrasa las decisiones. Contra las reformas del capitalismo, la extrema izquierda se opone porque reduce el ardor revolucionario de la población y la derecha conservadora porque cualquier intervención del Estado se considera una interferencia nociva como no sea para defender la ley, el orden, la seguridad y, en los últimos días, las finanzas. Al Estado Moderno se le destruye tanto si se le atribuye un papel redentor como hace el estatismo como si se le reduce a simple guardián de los intereses privados como hace el neoliberalismo.

Entre los que no creen en absoluto en el sistema político por insuficiente y los que no creen por innecesario salvo para mantener el orden y tal vez la defensa se crean extrañas alianzas a fin de restaurar formas de vida pre-modernas. Los descontentos de la modernidad son traídos tanto por el pensamiento conservador como por el progresista. Los primeros hacen derivar los descontentos a causa de la creciente complejidad de los modos de vida urbanos, de la experiencia social del anonimato y sobre todo del proceso político de burocratización del Estado Moderno. El pensamiento progresista hace derivar los descontentos de las deficiencias del sistema democrático, de la insuficiencia en las políticas distributivas y sobre todo de la arrogancia del Estado Moderno que ha debilitado todas las instancias sociales. Ambas líneas coinciden en deslegitimar la política democrática y fragilizar los sistemas públicos.

Es conocida la contaminación de amplios sectores católicos con algunos medios de comunicación que se presentan socialmente identificados con los valores de partidos políticos conservadores en ámbitos tan decisivos

7 HIRSCHMANN, A.O. *Retóricas de la intransigencia*. FCE. México 1991, p 78.

como el matrimonio, la familia, la moral sexual, la educación. Desde esta perspectiva deja de sorprender la química entre George BUSH y BENEDICTO XVI, reconociendo al presidente norteamericano abanderado de los valores cristianos. Deja de sorprender que el mayor opositor integrista a la ley del divorcio contabilice en su vida privada dos divorcios. Deja de sorprender que se rechace la modernidad mientras se utiliza sus grandes adquisiciones. Hay quien habla con el móvil mientras conduce un todoterreno, protesta de las libertades de sus hijos y expresa la servidumbre que supone trasladarse en coche. Asistimos al irónico espectáculo de un ataque a la modernidad por parte de personas cuya conciencia presupone la misma modernidad. El tradicionalista que se defiende cognitivamente de la modernidad, casi inevitablemente incorpora en dicha esfera elementos de la misma. Es lo que los sociólogos han identificado como contaminación cognitiva.

La visita del Papa en 2006 al Congreso de la Familia en Valencia ha sido un escaparate de la contaminación que sufren actualmente el mundo religioso y el mundo político. Ambos vieron en el encuentro el signo arrollador del integrismo tanto en la reivindicación de la familia tradicional como en la afirmación arrogante de un único modelo. Nunca el acontecimiento supo situarse por encima de los intereses políticos particulares o de las preferencias institucionales. La lógica política colonizaba de tal grado el acontecimiento religioso que comulgantes, lenguas y trajes se transmitían selectivamente por televisión a la hora de la comunión en la Eucaristía. Y ya se sabe que si falta el buen gusto como instancia arbitral que nos impele y se nos impone, carecemos de una parte del "*sensus fidei*", que tiene pretensión de verdad y de bondad. Curiosamente esta opinión coincidía, por distintos motivos, con la mentalidad post-moderna interesada por la desmesura, el exceso, el boato, el colorido. Cientos de trajes rojos desfilando en torno a una figura blanca, con música gregoriana y al fondo la Ciudad de la Ciencia de Calatrava que rebajaba el significado de la cruz, era el ejemplo mayor del pastiche tan querido por la estética posmoderna. Bastaba simplemente ejercer el buen gusto y el buen criterio para desactivar la mentalidad integrista

Su última y más extrema versión es el *fundamentalismo religioso* que ha situado a las religiones al borde del precipicio. El científico y escéptico Richard DAWKINS apunta al factor religioso como raíz de violencias e irracionalidades. "Muchos de nosotros –escribe–, veíamos a la religión como una tontería inofensiva... si la gente necesitaba un consuelo en el que apoyarse, ¿dónde está el daño? El fundamentalismo religioso que se escenificó el 11 de septiembre lo cambió todo, pasó a ser 'una tontería peligro-

sa'. Peligrosa porque le da a la gente una confianza firme en su propia rectitud. Peligrosa porque les da el falso coraje de matarse a sí mismos, lo que automáticamente elimina las barreras normales para matar a otros. Peligrosa porque les inculca enemistad a otras personas etiquetadas únicamente por una diferencia en tradiciones heredadas. Y peligrosa porque todos hemos adquirido un extraño respeto que protege con exclusividad a la religión de la crítica normal. ¡Dejemos de ser tan condenadamente respetuosos!"⁸.

Las *retóricas*, que despiertan los sentimientos más atávicos de los seres humanos, son ejercicios cínicos basados en la doble moral, cuya justificación más utilizada es la distinción entre virtudes públicas y vicios privados, entre convicciones políticas y éticas, entre trabajo profesional y vida personal. Ciertas descalificaciones de la modernidad harían imposible ciertas formas de existencia, a las cuales esos críticos están apegados. Se ríen de las personas con ideales revolucionarios porque en su vida privada no alcanzan a realizarlos y de este modo desprestigian cualquier ideal movilizador. Los grandes opositores al divorcio son partidos políticos conservadores cuyos dirigentes están en su mayor parte divorciados; quien invocará ante el Papa el fundamental papel de la religión en Europa será un presidente divorciado y vuelto a casar con una mujer también divorciada. Las más potentes diatribas contra la ley del divorcio, las hacen aquellos cuyo éxito anularía su estatus matrimonial. El rechazo más contundente contra la interrupción del embarazo se hace frecuentemente por aquellos que propician el aborto de sus hijas. Se reprocha lo que uno no está dispuesto a aceptar. La ruptura entre vivir y decir, entre hechos y valores constituye la clave de producción de las mayores retóricas argumentales⁹.

EL ENEMIGO TOTAL

Una estrategia clave en la producción actual de integrismo consiste en producir un enemigo total, que exige defensa, rechazo y destrucción. Parte del éxito del integrismo consiste en focalizar las energías sociales hacia ese gran enemigo y revestirle de un poder absoluto omnipresente capaz de generar un enfrentamiento sin matices ni complejidades.

8 DAWKINS, R. "Has the world changed?", en *The Guardian* 2001, 10-11.

9 TODOROV, T. *Nous et les autres*. Seuil Paris 1989 p. 8-9.

Consecuentemente hay una concepción integrista del poder, que se identifica con el uso de la fuerza donde todo hombre es enemigo de todo hombre¹⁰.

Como *práctica social*, genera personalidades dogmáticas, reacciones violentas y actitudes intolerantes que cultivan el odio al diferente. Practican el desprecio al otro como sistema y el fanatismo como estrategia. En lo cotidiano, el enemigo absoluto ha ido cambiando de ropajes y maquillajes: los infieles, los judíos, los moros, los gitanos, los inmigrantes, los extranjeros. La relación espontánea entre los seres humanos ya no está presidida por la armonía, la colaboración y la "natural benevolencia", sino por el conflicto y la competitividad. Curiosamente, para el integrismo actual ya no es la lógica mortal del capitalismo, su violencia institucionalizada o la idolatría del mercado lo que preocupa, sino un enemigo que se transforma en multitud de rostros: unas veces es el hedonismo de la juventud o el pluralismo religioso y otras el relativismo cultural a los que hay que batir. Como ha advertido recientemente (6 de septiembre 2008), la Secretaria de Estado de EE.UU. Condoleezza Rice en Libia que Washington "no tiene enemigos permanentes".

El éxito de la estrategia consiste en la simplificación, que sostiene la mentalidad "anti" y la lógica binaria, que se sitúa siempre en la alternativa "aut, aut". Lo simple es el reino de lo binario "o familia o estado", "o persona o comunidad" "o padres o escuela", "o humanización o evangelización". En los últimos años se ha escenificado en distintos ámbitos. En el sistema social se contraponen la libertad y la vinculación como realidades contrapuestas y excluyentes. O se es libre y en este caso se ignoran las conexiones o se está vinculado a fuerza de negar la autonomía personal. Los integristas sólo pueden comprender realidades simples o en proceso de simplificación, pero no sirven para afrontar las realidades complejas y plurales. Hay una racionalidad incapaz de comprender la inclusión de distintos actores sin someterse el uno al otro ni perder su autonomía propia; desconocen que pueden ambos apoyarse mutuamente, reforzarse y complementarse sin vasallajes ni colonizaciones.

El *pensamiento conservador* contraponen el Estado y el Mercado, hasta hacerse innecesarios el uno al otro. Al Mercado se le asigna la capacidad de auto-organizarse, mientras el Estado es siempre una interferencia noci-

El neoconservadurismo instrumentaliza la religión para legitimar sus proyectos

10 PECES BARBA, G. "La ideología del enemigo total", en *El País*, 1 julio 2008.

va, menos cuando se trata de mantener el orden, la propiedad y la seguridad. En el sistema cultural, se ha escenificado la lógica binaria en el debate actual sobre la *Educación para la ciudadanía*. Decir que sólo los padres o sólo la escuela son pertinentes para educar en valores, son dos impertinencias del mismo tamaño, que sólo generan las mismas intransigencias. Consiente mal en saber quién es antes y quién después, quién cercano y quién lejano. En qué momento la tarea de los padres ha decaído o cuándo se puede declarar la orfandad de los hijos. El pensamiento binario es incapaz de comprender que la formación para el ejercicio de los derechos y responsabilidades cívicas exigen un esfuerzo colectivo tanto más apremiante cuanto mayor es su descuido y deterioro. La realidad se encarga de imbricarles y tejer sus competencias. Es necesario evitar el *aut-aut* que constituye el secreto de la propuesta integrista. Poco sirve evitar Caribdis si se cae en la boca de Escila: es una alternativa estéril. Para ello, basta aludir a la extrema simplicidad de la fe cristiana "que puede resumirse en una fórmula-programa: jamás el uno sin el otro", basta atender al sentido común que transmiten experiencias concretas de fieles que evolucionan por la fuerza de las cosas o del Espíritu Santo, para estupefacción de los integristas o de los guardianes de la doctrina inmutable, inconscientes de su propia contribución involuntaria a una tal evolución¹¹.

En el ámbito político le cabe el mérito a Carl SCHMITT de haber conceptualizado la estrategia del enemigo total. A su parecer, hay conflictos que ni pueden ser resueltos por el derecho ni por el diálogo, ni por el pacto social, sino que abocan inevitablemente al enfrentamiento y al exterminio. Los neo-con han hecho una decisiva aportación a esta estrategia mediante la justificación de la guerra. Robert KAGAN, en su libro *Paraíso y Poder*, que puede considerarse como el manifiesto del nuevo conservadurismo norteamericano, contrapone "la psicología de la fuerza y la psicología de la debilidad"; la primera estaría representada por EE.UU. y la segunda por Europa, que se desliza peligrosamente hacia la negociación y la cooperación transnacional, hacia "un paraíso post-histórico", que recuerda la paz perpetua de Kant. EE.UU, por el contrario, "está implicado en la historia"; la verdadera seguridad, la defensa y la afirmación del orden liberal depende todavía de la posesión y uso de la fuerza¹². Americanos realistas y pragmáticos frente a europeos idealistas y cosmopolitas. "Los

11 VALADIER, P. *Un christianisme d'avenir*, Seuil Paris 1999 p. 180 y 187.

12 KAGAN, R. *Of Paradise and Power*, Random House, New York 2003, p.102, 122.

Estados Unidos deben con frecuencia comportarse según las reglas del mundo hobbesiano, aunque sea a costa de violar las normas del mundo post-moderno de Europa". Incluso puede "aplicar dos pesos y dos medidas". La acción política, en el mundo integrista, centra su eficacia en las instituciones fuertes y en los medios potentes. Hasta el extremo de que la seguridad es un capítulo de la defensa, a manos de los ejércitos y de la acción militar con una desconfianza absoluta hacia lo que Jefferson denominaba las "alianzas engorrosas"¹³.

En España, el *integrismo religioso* arremete contra lo que llaman "buenismo", para significar la permanente disposición al diálogo y al buen talante. Les acusan de desestimar el alcance real del terrorismo y la densidad de la realidad. En el *Fraude del buenismo*, Miquel Porto afirmará que propuestas como la *Alianza de civilizaciones* no pasan de ser una insustancial fórmula retórica; desprecian los procesos de concertación social y el reconocimiento de las aspiraciones de los pueblos de España que "ponen en peligro la convivencia de todos los ciudadanos". El odio al socialismo en ciertos sectores integristas es buena prueba de ello. Cada vez que se nombra el presidente Rodríguez Zapatero en ciertos ambientes, se despiertan todos los demonios del pasado. Con el miedo desaparece cualquier diálogo hasta convertir a algunos miembros de la jerarquía eclesíastica en auténticos líderes de la oposición. Tan necesario es que un obispo ayude al partido socialista a profundizar en humanidad, como urgente es que llame a hombres y mujeres a resistir al capitalismo.

Las *retóricas* reaccionarias abundan como modulaciones del gran rechazo con un arsenal interminable de descalificaciones e insultos. No les duelen prendas en atribuir al rencor el desarrollo de los movimientos de izquierda. Se dedican a identificar los "atropellos cometidos en nombre del ideario cainita de las izquierdas contemporáneas" pasando de puntillas por encima de los otros¹⁴. A partir de aquí sólo resta ir poniendo nombres a la gran bestia. En unos la decadencia de occidente (Spengler) o la crisis de los valores (Scheler); en otros la rebelión de las masas (Ortega y Gasset), o la desconfianza al principio de autoridad (Jaspers). La retórica está servida; sólo queda ir ampliando el arsenal con la incorporación de otros candidatos, como el laicismo, el hedonismo, el relativismo.

13 GARCIA ROCA, J. *El mito de la seguridad*, PPC. Madrid 2006.

14 Puede verse una relación de dichos atropellos en: GONZÁLEZ CORTÉS, M. Teresa. *Los monstruos políticos de la Modernidad*. Ed. De la Torre, Madrid 2007; CASADEI, R. *Los mitos de la nueva izquierda*. Ed. Encuentro, 2002.

LA IDEOLOGÍA DEL PESIMISMO

La modernidad contaminó de optimismo histórico a la cultura hegemónica, en versión secular y religiosa. El futuro se convertía en el tiempo primordial y la historia se representaba como el paso de las cuevas a los rascacielos mientras la razón se convertía en instrumento transformador de la naturaleza y de la sociedad. Este optimismo utilizó los préstamos del capitalismo y del socialismo, seducidos por el progreso social o alentados por una sociedad reconciliada. La última versión de esta ideología ha sido el discurso tremendamente optimista respecto a la globalización y al nuevo orden mundial. Bajo el nombre de una segunda modernidad (BECK), o de una nueva ilustración (TODOROV) nos encontramos ante un nuevo parto histórico del que nacerá la sociedad mundial, la ciudadanía planetaria y la democracia cosmopolita.

La pos-modernidad ha hecho en los últimos años una contribución decisiva para la recuperación del optimismo vital. Sirva como ejemplo la reciente "*retractatio*" del teólogo Hugo ASMANN: existen "cosas que antes me entusiasmaban y hoy me espantan, de las cuales hoy me distancio conscientemente". "Veo como social y humanamente nocivo el negativismo vacío y destructivo", lo cual le lleva a "repudiar a los negativismos y comprometerse en los lenguajes afirmativos y antipesimistas". Para ello basta prestar mayor atención "a la corporeidad, al placer, el saber vivir y estar bien con la vida, el derecho a consumir bienes y servicios variados y de calidad, la belleza, la inmersión en imaginarios esperanzadores, la autoestima, el incentivo a las aspiraciones y a la iniciativa, la prisa por la pasión, etcétera". Donde ayer la teología enseñó a luchar por la justicia, hoy basta con sembrar ganas de vivir; donde ayer la teología despertó las conciencias ante la cruel inhumanidad, hoy ha de ayudar a mucha gente a estar bien con su propia vida y a irradiar sensibilidad social. Basta "gustar de este mundo y de nuestra vida precaria y finita".

El tradicionalismo, por el contrario, entiende que el mundo moderno camina hacia la autodestrucción y se alimenta del rechazo a este optimismo vinculado a la modernidad y a la post-modernidad. Se opone al doble optimismo histórico que genera una historia tutelada por el poder económico y político, y al que presta mayor atención a la corporeidad, al placer momentáneo, al saber vivir, al gozo del presente. Su talante es profundamente negativo, como el de Mefistófeles de Goethe que se describe a sí mismo como un "espíritu que siempre dice no".

Las *prácticas sociales* que suscitan y alimentan el integrismo nacen de la disposición mental por la cual todo aquello que puede empeorar lo hará necesariamente; cuando un exceso puede producirse, se produce necesariamente. De modo que la hostilidad a la educación ciudadana se sostiene sobre el supuesto de que puede ser "un instrumento de mentalización y adoctrinamiento". Si se reconoce la libertad de conciencia, se caerá en el relativismo; si se afirma la autonomía del sujeto, se destruye la autoridad; si se afirma la identidad cultural, se caerá en nacionalismo. Cualquier novedad, ya sea la experimentación en el laboratorio para alargar la vida o superar la enfermedad, ya sea el control de procesos naturales para alcanzar calidad de vida caerá bajo sospecha. Se consagra de este modo la sospecha permanente, que paradójicamente es el primer fruto de la modernidad que rechazan.

El sentido común afirma que, como decía Calderón de la Barca, "*lo peor no siempre es seguro*". O, como sostiene la tradición cristiana, cuando alguien puede pecar, no necesariamente lo hace sino que es la condición necesaria para ser santo. La experiencia tanto de la fe como de la razón está reñida no sólo con el optimismo histórico y con el optimismo vital sino también con la nostalgia y el lamento. Como escribe BECK, "quien diagnostique hoy un crepúsculo sin amanecer es que está ciego, y quien hable de un amanecer sin crepúsculo es un ingenuo"¹⁵. No es bueno deleitarse en la mirada del abismo; no toda amenaza se cumple. La libertad puede decidir el bien y la autonomía personal puede resistir a todo adoctrinamiento, no sólo al que procede del poder político que crea súbditos, sino también del poder económico que crea dóciles consumidores, del poder social que crea ciudadanos siervos o del poder religioso que crea simples feligreses. El tradicionalismo actual es el gran productor de una "conciencia infeliz" que ve tinieblas por todas partes.

El tradicionalismo actual es pesimista: ve tinieblas por todas partes

El *pensamiento conservador* contribuye a la creación del pesimismo colectivo al situar la economía por encima de las decisiones autónomas de los sujetos, claudicando de la política, que de este modo es inútil e innecesaria si no sirve a la economía. La izquierda "boba" sitúa la impotencia en la incapacidad de los excluidos para constituirse en sujeto histórico ya

15 BECK, U. *Un nuevo mundo feliz*. Paidós Barcelona, 2000. p. 25-26.

que no tienen conciencia de su situación ni propósito revolucionario. Ambos producen el clima actual de impotencia. En lugar de “luchar –como proponía HORKHEIMER en la *Función social de la filosofía*–, para que la humanidad no quede desmoralizada para siempre por los terribles acontecimientos del presente, para que la fe en un futuro feliz de la sociedad, en un futuro de paz y digno del ser humano, no desaparezca de la tierra”¹⁶, aportan nuevos motivos para la impotencia personal y colectiva ante el cambio deseable.

La actual crisis financiera ha servido para incrementar las retóricas del miedo

Una gran batería de *retóricas* se elabora en este contexto con el propósito de humillar a los promotores del cambio, que de este modo quedan desmoralizados ante la verdadera motivación de sus esfuerzos. Recupera el repertorio disponible contra la corrupción actual, la degradación de la vida colectiva, la crisis financiera o la idiotez de sus empeños... Al convertir los argumentos en alegatos y los riesgos potenciales en amenazas seguras, la exageración y la caricatura se alían con pesimismo. ¿Acaso no es una exageración decir que nuestra sociedad es nihilista, nuestra juventud egoísta, nuestra democracia privada de moral, nuestra organización autodestructiva? ¿No sería posible un mejor sentido común? La actual crisis económica financiera ha servido para incrementar las retóricas del miedo, valga por ejemplo el discurso del presidente BUSH dirigiéndose a la ciudadanía el 24 de septiembre de 2008: “si tienes un negocio o una granja, los bancos no te darán crédito y tendrás que cerrar o vender; si tienes un plan de pensiones, la Bolsa se desplomará y tu pensión se reducirá; si quieres enviar a tus hijos a la universidad, no habrá préstamos; si tienes una hipoteca, el valor de tu casa se hundirá”. De este modo, esta retórica le exime de toda responsabilidad e impide cualquier cambio estructural. Como agudamente entrevistó Lewis CARROLL en *Alicia en el país de las maravillas*, “hay que correr todo lo que puedas para quedarte en el mismo sitio”. Se oyen retóricas que descalifican las políticas contra la pobreza porque producen más pobres, ya que les hacen vagos, dependientes y desmotivados.

Hay una *teología* que se contamina de este clima de impotencia al rechazar lo que se considera optimismo conciliar y al recuperar torcidamente la apocalíptica cristiana. El tradicionalismo actual acusa al Concilio

16 HORKHEIMER, M. *La función social de la filosofía*, 1940.

de haber visto sólo los aspectos luminosos del tiempo histórico. Es cierto que fue intencionada la apuesta conciliar a favor de un talante optimista; basta observar que llegó a cambiar el primer nombre de la Constitución conciliar “Gozos y temores”, por el de “Gozo y esperanza”. La apuesta conciliar era inequívocamente a favor del cambio posible y de las transformaciones necesarias. Los procesos constitutivos de la modernidad como el proceso de secularización o la emergencia del pluralismo cultural son vividos como signos del tiempo. El concilio contribuyó decisivamente a recuperar una presencia crítica y esperanzada ante la sociedad.

El tradicionalismo cristiano denuncia este clima y se alía con el clima apocalíptico y el pesimismo antropológico. Una cierta teología entiende que la historia es siempre una lucha entre el eje del bien y el eje del mal, con la consiguiente sospecha contra el sistema político y contra las instituciones sociales, que quedan identificadas todas ellas con la torre de Babel. “Los Estados, con su tendencia intrínseca a divinizarse, no unen, sino que dividen a la humanidad en diversas banderías nacionales y lingüísticas (Gn 11). No se puede “ignorar la naturaleza constitutivamente violenta de todo Estado ni olvidar que el ejercicio de tales funciones suele exigir comportamientos muy poco compatibles con la fidelidad exclusiva al Dios cristiano”. A los comprometidos políticamente sólo les espera el foso de los leones o el harén del emperador, como a Ester. “Ni Herodes, ni Caifás, ni Espartaco ni Barrabás, ni ningún faraón multinacional va a cambiar significativamente el mundo hacia la justicia. El mundo se cambia allá donde la muerte y resurrección de Cristo inician realmente una forma de vida alternativa, capaz de mostrar la falsedad del sistema dominante y la viabilidad de unas relaciones humanas distintas. Lo que cambia el mundo de un modo efectivo es la aparición de comunidades en las cuales comienzan, por la fe, unas nuevas relaciones de justicia”¹⁷.

En el escenario pastoral, la imposición desplaza a la colaboración, el control desde lo alto desestima la dimensión horizontal, la autosuficiencia cancela la corresponsabilidad. Hay un uso de los medios fuertes y potentes que menosprecia la participación de la gente y la movilización ciudadana.

Existe sin embargo una recuperación necesaria de la apocalíptica cristiana que sirve para desactivar el integrismo eclesiástico. Los contenidos apocalípticos en lugar de significar la impotencia son expresión de la espe-

17 Puede verse Antonio GONZÁLEZ, *Teología de la praxis evangélica*. Sal Terrae, Santander 1999, pp. 170, 188, 190.

ranza de los últimos. Quien detenta el poder está interesado en que la historia continúe en la dirección que él mismo ha determinado; para ellos, el futuro es continuación de su presente¹⁸. El significado más profundo del Apocalipsis es mantener viva la memoria de los mártires y ponerlos a producir esperanza. Son escritos de resistencia dirigidos contra quien persigue, oprime y asesina al pueblo empobrecido por no doblegarse ante los valores del imperio. Se trata de un género subversivo para los poderes políticos injustos de la época, que intenta desenmascarar su mentira¹⁹. De este modo, la espera apocalíptica libera a la esperanza de toda connivencia con los triunfadores, como reconoce J.B. METZ. La esperanza sin apocalíptica se convierte en la ideología de los vencedores.

LA EMERGENCIA DEL SUJETO

La época moderna ha enfatizado la autonomía del ser humano y de su conciencia frente a la condición de súbdito y al peso de las tradiciones. El concepto de individuo y su capacidad de autodeterminación, más allá de las instituciones y de sus roles, está en el mismo centro de la modernidad. Considerado sujeto es capaz de crear valores por sí mismo y reconocerlos como competencia propia, autogobernarse y oponerse libremente a las condiciones que le dominan y le someten. Reconocer la centralidad del sujeto significa afirmar la primacía de los derechos individuales frente a las convicciones colectivas. En el lugar de la tradición entra la experiencia; en lugar de la sabiduría entra la razón instrumental; en el lugar de la autoridad, entra la argumentación; en el lugar del destino, entra la libertad. Si en las sociedades tradicionales, la comunidad, la cultura y la religión preceden al individuo, en la modernidad se convierten en opciones. La conciencia se sitúa por encima de cualquier otro bien, incluso del bien más sublime.

El tradicionalismo actual reacciona ante esta centralidad del individuo mediante prácticas integristas, discursos conservadores, retóricas intransigentes y legitimaciones religiosas fundamentalistas.

18 MOLTSMANN, J. *Das Kommen Gottes. Christliche Eschatologie*, Kaiser Verlagshaus. Gütersloh 1995 p. 151-152.

19 ALEGRE, X. "El Apocalipsis, memoria subversiva y fuente de esperanza para los pueblos crucificados", en *Revista Latinoamericana de Teología*, 1992, pp. 201-203.

Hay unas **prácticas sociales** que resisten al surgimiento del sujeto y tratan de invertir o transformar el proceso de autodeterminación. No se ve con agrado que el individuo intente forjar la propia vida con la mayor libertad posible, desde elegir pareja hasta decidir su propio credo, desde optar por alargar o no su vida hasta elegir el trabajo que desea desempeñar, desde rechazar matrimonios impuestos por los padres hasta desentenderse de las propuestas morales proclamadas desde los púlpitos. Frente a la modernidad, que ha liberado a los seres humanos de los estrictos controles de la familia, el pueblo o la pequeña comunidad, la actitud integrista actual entiende que este proceso conduce inevitablemente al “todo vale”, y arroja al individuo al relativismo moral. En el punto de mira de las prácticas integristas está hoy la emancipación de la mujer, que propone tratarla como sujeto, la cultura de los derechos, que ignora los deberes, y el pluralismo religioso que disuelve la religión única y verdadera. El actual combate en contra de la pluralidad de modelos familiares, es un buen ejemplo del ataque furibundo a los derechos de los individuos. Con la restauración de un único modelo de familia, no sólo se propone la vuelta a la sociedad pre-moderna sino que se ignoran los derechos individuales. Unas recientes declaraciones de una madre indican hasta qué punto estamos lejos de conquistar esta convicción al decir que prefería a su hijo muerto que viviendo en pareja homosexual. Ya se sabe, cuando las ideas están por encima de las personas, se genera el terror, la inquisición, el holocausto o el desprecio a la vida. Hay una vieja tradición que sitúa el honor por encima de la vida: “antes muertos que rojos”.

Las prácticas integristas temen hoy la emancipación de la mujer y el pluralismo

Según esta actitud, la afirmación de lo individual, es incompatible con el reconocimiento de lo comunitario. De nuevo el integrismo incurre en la funesta mentalidad de suma cero por la cual el único modo de salvar un valor es negar otro. Sólo se salva lo comunitario a costa de la autonomía del sujeto. Se declaran incompatibles el primado del sujeto con las instituciones como la familia, la iglesia o las tradiciones.

El **pensamiento conservador** arremete contra la libertad religiosa y la laicidad del Estado como condiciones jurídicas de la separación de Iglesia y Estado, que constituye un rasgo básico del mundo moderno. Los conservadores, en lugar de estimar todo aquello que posibilita la libertad religiosa, la ponen bajo sospecha como si de ella procediera la secularización y des-cristianización de la sociedad. En lugar de promoverla como requería el Concilio Vaticano II, le tienen miedo; en lugar de apreciar los contextos de libertad política, se sienten mejor defendiendo la unidad nacional bajo la égida religiosa. Desde este supuesto, el pensamiento conservador desa-

rolló la desconfianza hacia la democracia, cuyo principio básico consiste en el diálogo constructivo, en el compromiso leal, en la convergencia de posiciones parcialmente verdaderas. La democracia se sostiene sobre la autonomía de todos sus participantes y el reconocimiento recíproco de la verdad del otro. La actitud integrista consagra la sospecha hacia el otro y la arrogancia hacia uno mismo.

Un cierto pensamiento conservador cristiano en lugar de profundizar en la afirmación conciliar sobre la opción preferencial por la democracia, que supone la autonomía y responsabilidad de los creyentes en la esfera política, se propone la unidad corporativa de los cristianos ante una única opción. La tradición cristiana necesitó de todo un concilio (Vaticano II) para desactivar la tesis de que sólo la verdad tiene derechos y proclamar que sólo la persona es portadora de derechos. En consecuencia, la tolerancia es la forma humana de la verdad; y cabe una moral autónoma para el gobierno de la sociedad. Al cristianismo le sobran razones para realizarse como religión de la libertad y renunciar a los medios estatales en el anuncio, propagación y celebración de sus convicciones. No es razonable confundir la libertad religiosa con la privatización de la fe ni con la renuncia a la responsabilidad de las convicciones, cuando lo único que pretende es reconocer la dignidad de la persona, esté en la verdad o en el error, y cultivar el valor de la libertad en el contexto pluralista actual ante las pretensiones fundamentalistas.

El fundamentalismo religioso arremete contra la era de la interpretación como despliegue de la subjetividad de la fe. Sólo la autoridad de Dios, que se reconoce en la Biblia en el caso católico y protestante, en el Corán en el caso musulmán y en el derecho natural, ofrece un sólido fundamento a la convivencia. Si nuestra sociedad está en situación terminal y sufre procesos autodestructivos a causa del pluralismo y de la secularización, es necesario apelar a un fundamento firme mediante la cristianización de la sociedad y de los gobiernos. Sólo el fundamentalismo es capaz de ofrecer respuestas firmes y superar el relativismo cultural. La clave de esta operación consiste en invocar el derecho natural, que arranca de Dios y es comprensible sólo a través de los libros revelados. Sólo Dios y su Iglesia puede determinar lo que es bueno y lo que es malo, lo lícito y lo ilícito. Los creyentes poseen de este modo un estatuto de superioridad sobre los no creyentes ante el poder destructivo de la libertad. La arrogancia de la verdad destruirá la humildad de la caridad. Si la primera busca el poder y la potencia, la segunda se hermana con la modestia y la corresponsabilidad.

Hay una estrategia propia del tradicionalismo que consiste en postular una verdad esencial que existiría en alguna parte, inmóvil, simple, unívoca, como una totalidad cerrada y autosuficiente. Una cierta teología pretende servir a este clima integrista mediante el recurso a “principios innegociables”, a una fe que no debe nada a nadie, sino que puede identificarse como original y propia. Para ello propone la fidelidad –lo más literal posible–, al texto bíblico o dogmático. Síntoma de ello es el uso que de los Diccionarios o Léxicos bíblicos hacen los movimientos cristianos conservadores. De este modo se intenta salvar cualquier atisbo de heterodoxia.

De este modo se claudica en aspectos esenciales del cristianismo, que se ha realizado como religión de la reinterpretación y de la relectura. Cada texto fundacional remite a otros textos y sólo tiene sentido si se articula con otras tradiciones. Como se escenificó en el camino de Emaús, es imposible comprender a Jesús limitándose a verle cara a cara o escuchando su mensaje, como una especie de revelación única y autosuficiente; era necesario despertar en aquellos discípulos “lo que les concernía”. Los textos son incomprensibles sin incorporar la historia, la recepción en los oyentes como hacía Jesús al remitir a otra cosa de sí: la manifestación de Dios en una historia de salvación previa; fuera de esa historia no tiene sentido su vida ni su obra. Y es la propia historia quien hace descubrir verdades todavía más insospechadas. En la tradición cristiana la salvación y la interpretación van unidas. Y para interpretar lo dicho, se nos envía el Espíritu para asistir en esta empresa hermenéutica. No se trata simplemente de descubrir y aplicar el sentido de lo dicho, de una vez por todas; ni es una interpretación secundaria que pasa por encima o por el lado del núcleo estable sino que le afecta profundamente, hasta el punto que la salvación se da, se forma y se constituye en una historia. La interpretación forma parte de la salvación²⁰.

No existen sólo dos hermenéuticas conciliares como preocupa a Benedicto XVI en su discurso programático, sino tres (¡cuando menos!). Entre la hermenéutica de la ruptura y la de la continuidad, existe la hermenéutica de la continuidad crítica. No estamos condenados a la alternativa estéril entre romper con la tradición o repetirla.

Con extrema ligereza se acusa de relativismo a toda posición que afirme lo que es el fundamento mismo de la responsabilidad moral. Y aquí reside la dificultad mayor de la actitud integrista: amar la verdad sabiendo

**La jerarquía
pretende servir
al integrista
proclamando
los “principios
innegociables”**

20 VATTIMO, G. *Dopo la cristianità*. Garzanti, 2002 p.11.

que, como dijo Tagore, “cuando llega la verdad, parece última su palabra; pero su palabra última da siempre a luz otra palabra”.

Las consecuencias pastorales son graves. En nombre de fundamentos sólidos y verdaderos, se sitúan por encima de las personas y se enferma de abstracción, más atentos a la verdad objetiva que a la experiencia vital de la persona. Lo cual tiene un alto precio para la evangelización, que ha sido subrayado recientemente por Marco Politi, reconocido analista religioso italiano; afirma éste en su libro, *Il ritorno di Dio*²¹, que sólo Juan XXIII entre los pontífices actuales ha sabido incorporar la revolución del individuo. Cuando visitaba la cárcel de Roma decía: “He venido aquí y os he mirado a los ojos y recuerdo la tragedia familiar que supuso el encarcelamiento de mi primo fue encarcelado”. Al oírle, a la gente le embargaba la emoción, porque hacía suya la emoción el Papa. O cuando en el primer día conciliar desde la ventana de la Plaza de San Pedro dice: “Volved a vuestras casas, encontraréis a los niños... dadles un beso y decidles que es el beso del Papa”. Otros hablan y nunca sientes que habla de ti. Les falta inmediatez y espontaneidad y en su lugar oiremos hablar de la inmutabilidad de las normas morales, del hedonismo de la juventud, del horror de los divorcios. “Europa no encuentra el camino del Evangelio... Los cristianos tienen que enfrentarse a la secularización... El orden moral es inviolable... La verdad es única...”, se dice insistentemente desde la misma ventana de San Pedro.

EL FERVOR PATRIÓTICO

La modernidad trajo el ideal internacionalista como horizonte ético capaz de trascender los límites de las naciones. El tradicionalismo actual, por el contrario, ha convertido “las patrias” en un inmenso generador de retóricas. Lo patriótico es uno de esos dispositivos de los que han abusado con mayor holgura los intransigentes de todos los tiempos. “Arriba, patrias de la tierra” y “Morir por la patria” proclaman por igual los revolucionarios y los conservadores. A este fervor se han añadido en los últimos años algunos jerarcas católicos que han visto en la defensa de la Patria un bien sagrado, transfiriendo las propiedades de la familia y de la religión a la Nación, como quería MAURRAS al proclamar que “la Patria es un ser de la misma naturaleza que nuestro padre y nuestra madre”.

21 POLITI, Marco. *Il ritorno di Dio, Viaggio tra i cattolici d'Italia*. Mondadori 2004. p.265.

Este fervor patriótico genera discriminaciones racistas y comportamientos xenófobos con respecto a los extranjeros. Pero, sobre todo, se desean salvadores de la patria que reconduzcan el deterioro democrático, apoyando abiertamente a algunos candidatos populares. Estas retóricas patrióticas sirven tanto para enaltecer el localismo como para humillar a quienes no pertenecen a la propia tribu. Los adversarios potenciales de la Patria van cambiando de nombre, pero se mantienen las mismas retóricas contra los siervos, los herejes, los bárbaros, los gitanos, los moros, los extranjeros... Su último capítulo se vive en el mundo de las migraciones, donde la pertenencia nacional se constituye en criterio de ciudadanía, lo que está en el origen de las deficientes políticas migratorias.

La más sutil de las retóricas es aquella que a través de argumentos pseudocientíficos se empeña en proclamar que la Patria/Pueblo es anterior al Estado democrático y puede invocarse contra él. Como advirtió MAURRAS, "el patriotismo se aproximó a los ideales contra los cuales la democracia se ha levantado en todas las épocas". Lo de menos es que se hable de "patria proletaria", de "unidad de destino en lo universal", de "bien sagrado". No es necesario acudir a las expresiones ultranacionalistas, que dieron origen a los Estados étnicos, para identificar la estupidez de ciertas retóricas. Desde las que llevaron al fundador del nacionalismo vasco a protestar por "haber mezclado vuestra sangre con la española o maketa, y haberse hermanado y confundido con la raza más vil y despreciable de Europa"²², hasta las más sutiles que ven en el reconocimiento de identidades nacionales plurales dentro del Estado o en el desinterés de los jóvenes por las banderas, la más radical de las amenazas a la convivencia. El imaginario patriótico persigue a ciertos jefes con el propósito de deslegitimar al estado democrático. En el caso español se agrava porque hereda la convicción de que España es un pueblo elegido, observado y protegido por Dios como laboratorio para otras naciones europeas.

El imaginario patriótico persigue a ciertos jefes para deslegitimar al estado democrático

Poco importa que la idea de pueblo escogido sea profundamente extraña al cristianismo, ni que la exaltación patriótica sea el síntoma mayor de relativismo, para atribuirle rasgos salvadores al nacionalismo de la Patria. Los conservadores deberían saber que la ideología patriótica ha desplazado siempre al sentido humanitario. En lugar de desmitificar la

22 Cfr. *Antología de Sabino Arana*, Roger Ed. San Sebastián 1999.

Patria como algo artificial, la convierten en un nuevo ídolo; en lugar de denunciar los monstruos políticos del patriotismo, consagran la patria como un valor supremo. Más que afirmaciones en torno a banderas y símbolos patrióticos, la hora del mundo requiere abrirse a los flujos internacionales, convertir las fronteras en quimeras y fortalecer la interdependencia de los pueblos; ahí está la experiencia religiosa de muchos creyentes que sin abandonar sus lealtades locales, construyen sus identidades más allá de las patrias.

Posee más sentido evangélico Jorge Luis BORGES cuando escribía que “las naciones no son otra cosa que actos de fe. Y así como ayer pensábamos en términos de Buenos Aires o de tal o cual provincia, mañana pensaremos en términos de América y, alguna vez, del género humano”.